

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

# La memoria colectiva y la construcción de la identidad.

Otero, Rocío.

Cita:

Otero, Rocío (2011). *La memoria colectiva y la construcción de la identidad. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/47>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# La memoria colectiva y la construcción de la identidad

Lic. Rocío Otero\*

## Introducción

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos<sup>1</sup>.*

Desde hace algunos años asistimos a una copiosa proliferación de estudios sobre la construcción social de memorias, en parte producto del análisis de distintas experiencias históricas, y provenientes de distintos puntos de vista, tradiciones teóricas y formas de abordar los modos en que los grupos sociales elaboran representaciones acerca del pasado. El derrotero teórico de los estudios sobre la memoria social tiene orígenes filosóficos en el pensamiento de Émile Durkheim (1858-1917), mientras que los primeros intentos de delimitar el campo de estudios específico -al señalar, por ejemplo, las diferencias con el campo de la historia y de la psicología y postular el carácter necesariamente colectivo de la rememoración-, provienen del sociólogo francés Maurice Halbwachs (1877-1945)<sup>2</sup>. También, se ha reflexionado sobre sus relaciones con la narrativa y la historicidad, y están quienes específicamente han querido trazar los límites entre los estudios de la memoria social y la historiografía. Mientras que para algunos autores la memoria colectiva se nutre de la historia y viceversa, por tener ambas al pasado como materia (y de allí la conflictividad entre ambas<sup>3</sup>) otros creen que son radicalmente distintos sus objetos, propósitos y aproximaciones<sup>4</sup>.

Usualmente, son los trabajos abocados a estudiar la construcción de relatos sobre las experiencias de autoritarismo, terror y exterminio masivo de personas que caracterizaron buena parte del siglo XX, los que tienen mayor circulación y difusión. Esto se explica en parte por el impulso que la labor de rememoración de estos episodios recibe desde los diferentes Estados, que han asumido en las últimas décadas el rol de promotores de la memoria; también, debido a la instalación en distintas sociedades que transitaron experiencias de exterminio masivo, de una suerte de “deber de memoria”: deber para que no vuelva a suceder, deber para con las víctimas que no sobrevivieron, deber para con la humanidad. Es decir que priman los estudios abocados a la construcción de memorias sobre acontecimientos extremos y traumáticos, los que involucran una diversidad de puntos de vista, tensiones y dilemas éticos que hacen de la

---

\* Licenciada en Sociología (UBA) - Becaria doctoral (CONICET) – Miembro de equipo de investigación (IIGG).

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, “Cambridge”, *El elogio de la sombra*.

<sup>2</sup> Aparte de la obra de Maurice Halbwachs que más adelante se citará, ver, entre otros, Lavabre, Marie-Claire, “Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria”, en *Estudios* nº 16, 2005; Sorá, Gustavo, “Notas para una biografía socio-intelectual de Maurice Halbwachs”, en *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, nº 16, Universidad Nacional de Córdoba, otoño 2005; Ramos, Ramón, “Maurice Halbwachs y la memoria colectiva”, en *Revista de occidente*, nº 100, septiembre 1989.

<sup>3</sup> Para una concepción que considera que existe una competencia intrínseca entre los campos de la memoria y la disciplina histórica, entre otros, ver Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2007.

<sup>4</sup> Para una reconstrucción de la evolución de los estudios sobre la memoria ver Olick, Jeffrey y Robbins, Joyce, “Social memory studies: from ‘collective memory’ to the historical sociology of mnemonic practices”, *Annual Sociological Reviews*, nº 24, p. 105-140.

elaboración simbólica de ese pasado, un universo complejo y tensionado por el compromiso moral con las víctimas y los límites que impone el horror a la representación de los hechos<sup>5</sup>.

Asimismo, además de la habitual identificación general entre memoria colectiva y trauma social, es necesario tener en cuenta la emparentación específica, producida luego de la segunda posguerra, entre la temática de la representación del pasado y el Holocausto. Como sostuvo Andreas Huyssen, el estudio de la construcción de memorias colectivas ha estado fuertemente determinado por el surgimiento del Holocausto como *tropos* universal, lo que pudo ser un obstáculo para el estudio y la comprensión de otras experiencias de representación de acontecimientos traumáticos en su especificidad histórica<sup>6</sup>. Y, es posible agregar, de otras experiencias de representación del pasado no caracterizadas por lo traumático.

Mi investigación doctoral se propone analizar la construcción e instrumentalización por parte de la organización político-militar argentina Montoneros, de una representación del primer peronismo y de su derrocamiento. Dicha representación del pasado no está caracterizada necesariamente por simbolizar un pasado traumático<sup>7</sup>; en cambio, está determinada por la elaboración de una narración sobre la historia argentina estrechamente vinculada con la identidad política de Montoneros y, en consecuencia, vinculada con una noción del futuro. La hipótesis general que guiará la indagación doctoral es que Montoneros, en gran medida nutridos de las diferentes aproximaciones historiográficas de los años '60, otorgó a la historia nacional un sentido fuertemente vinculado con su concepción acerca del necesario desenlace revolucionario. En su análisis del documento titulado "Hablan los Montoneros" –publicado en noviembre de 1970, y en el que la organización presenta una síntesis de la historia nacional desde el siglo XIX hasta el presente<sup>8</sup>– Beatriz Sarlo sostuvo que allí puede encontrarse un "verdadero esfuerzo político para integrar diferentes vertientes ideológicas, mantener la escisión conceptual entre Pueblo y Régimen, y ordenar los hechos en función de un desenlace armado"<sup>9</sup>. La construcción de una memoria, intentaré sostener en mi Tesis, fue un vehículo que permitió la articulación de estas dimensiones en un núcleo sólido de identidad política.

Es posible sostener que la etapa de violencia política abierta en 1955 con el derrocamiento de Juan Domingo Perón y la proscripción del peronismo se clausuró con la implementación del terrorismo de estado por parte de la dictadura instalada en el poder en 1976. La Argentina estuvo entre 1955 y 1976 atravesada por un "empate hegemónico", en el que las distintas fuerzas sociales eran alternativamente capaces de vetar los proyectos de las otras,

---

<sup>5</sup> Para distintos análisis sobre los límites a todo intento de representar el sufrimiento humano, ver Friedlander, Saul (Comp.), *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Buenos Aires, 2007.

<sup>6</sup> Ver Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p. 13 y ss.

<sup>7</sup> Aunque no es el objeto de este trabajo, algunas dimensiones de la mirada montonera sobre la historia nacional podrían sugerir que el año 1955 es considerado como un punto de inflexión traumático. Esto abonaría en el sentido de ver en la versión montonera del pasado la existencia de un trauma colectivo (al menos, tal como lo construyeron los Montoneros) que habría hecho necesaria la recordación del primer peronismo como legado y como ejemplo, y que habría conducido a la necesidad de redención. En este sentido ver Sarlo, Beatriz, "Venganza", en *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2008, p. 115-192.

<sup>8</sup> En *Cristianismo y Revolución*, año IV, número 26.

<sup>9</sup> Sarlo, *La pasión...*, op.cit., p. 264.

pero incapaces de establecer una hegemonía estable y legítima<sup>10</sup>. La magnitud de los crímenes perpetrados por el Estado a partir de 1976 puede ser entendida como una clausura de dicha conflictividad: un disciplinamiento violento y traumático de un sector por otro. Finalmente, el proceso de esclarecimiento de los crímenes del terrorismo de estado abierto con la vuelta de la democracia en 1983, la investigación de la CONADEP, el informe *Nunca Más* y el juicio a las Juntas Militares se enfocó en la elaboración de un relato sobre el pasado reciente limitado al período 1976-1983 y a la tramitación del trauma social que significó el conocimiento por parte de la sociedad de los crímenes de la dictadura. Este relato estuvo fuertemente determinado por la tramitación judicial del pasado, al propio tiempo que preocupado por las implicancias de la victimización producto del pasaje por los centros clandestinos de detención y tortura<sup>11</sup>.

No obstante, es en las décadas anteriores en donde deben buscarse los orígenes de muchas experiencias políticas de la época, y solo un exhaustivo estudio del período comprendido entre 1955 y 1976 permitirá ampliar la comprensión de esta etapa de la historia política del país y los diversos compromisos políticos y construcciones identitarias que se pusieron en juego en la época, y que fueron obturados dramáticamente en 1976<sup>12</sup>.

Mi objeto de estudio es parte de dicha búsqueda comprensiva. Específicamente en este trabajo, intentaré establecer un estado de la cuestión para avanzar en la sistematización de una noción de memoria colectiva en tanto que vehículo para la construcción de la identidad. Y así, aplicarla al análisis de una de las organizaciones armadas más determinantes de la historia reciente de la Argentina.

## **Construir una categoría de análisis**

Como se señaló, fue Halbwachs quien realizó el primer abordaje a la temática de la memoria desde las ciencias sociales y sentó las bases para la constitución de la memoria colectiva como objeto de estudio. Sin embargo, su temprana muerte en el campo de exterminio nazi de Buchenwald dejaría la empresa trunca. La temática se retomaría décadas después, especialmente en torno a la recordación del Holocausto y al rol jugado por los distintos actores durante el nazismo. Según Huyssen, los discursos de la memoria se intensificaron en Europa y en los Estados Unidos a comienzos de la década de

---

<sup>10</sup> Para la noción de “empate hegemónico” y un análisis del período abierto en 1955 ver Portantiero, Juan Carlos, “Economía y política en la crisis argentina. 1955-1973”, en *Revista mexicana de sociología*, México, 1977.

<sup>11</sup> Emilio Crenzel describe el surgimiento de la narrativa humanitaria como parte del proceso colectivo de denuncia y esclarecimiento de los crímenes perpetrados por la dictadura: “La clave revolucionaria con la cual había sido denunciada la represión política y las propias desapariciones antes de 1976 fue desplazada por una narrativa humanitaria (...) por la descripción fáctica y en detalle de los secuestros, las torturas padecidas, las características de los lugares de cautiverio, la precisión de los nombres de los cautivos y de los responsables de las violaciones (...) Con igual sentido, en la presentación de los desaparecidos, la mención a sus militancias políticas y la adjetivación de sus compromisos en clave de heroicidad y martirologio fueron reemplazadas por la referencia a sus datos identitarios básicos”, en Crenzel, Emilio, *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2008, p. 44-45.

<sup>12</sup> Para un análisis acerca de la aparición de la dimensión política en la narración de la historia reciente, y de diversos estudios enfocados en el período previo a la dictadura ver Otero, Rocío, “La repolitización de la historia de los sesenta y setenta: una nueva etapa en la representación del pasado reciente”, en *La sociedad argentina hoy frente a los años setenta*, EUDEBA, Buenos Aires, 2010.

1980, estimulados en un comienzo por el debate cada vez más amplio sobre el Holocausto, así como también por una larga serie de aniversarios de fuerte carga política y vasta cobertura mediática<sup>13</sup>. Sobre estos temas Halbwachs no pudo reflexionar por morir, paradójicamente, en un campo de exterminio nazi, una de las experiencias del siglo XX más determinantes en la recuperación del campo de estudios cuyas bases él sentó.

La socióloga francesa Marie-Claire Lavabre sostuvo que en Francia, fueron los historiadores, sobre todo Pierre Nora y Jacques Le Goff, quienes, “al tomar nota a mediados de la década de 1970 de la relatividad del conocimiento en historia, del conflicto de las interpretaciones históricas y, al mismo tiempo, del papel social de esa disciplina, se preocupan por promover la noción de ‘memoria’ en las ciencias sociales”<sup>14</sup>.

Sin embargo, aunque en las últimas décadas fue retomada la temática, la noción misma de memoria colectiva sigue sin ser sistematizada, suscitando ciertos desafíos teóricos a cualquier investigador que quiera abordar el modo en que las sociedades representan el pasado a partir del análisis de un fenómeno histórico concreto. Lavabre, en ocasión de discutir con el trabajo de Henry Rousso *El síndrome de Vichy*, problematizó la definición misma de memoria colectiva. Se interroga: “¿...habría (...) que aceptar un diálogo de sordos, basado en el uso común de una noción que se ha fosilizado desde Halbwachs?”<sup>15</sup>. Y continúa: “¿Se puede, sin recurrir a una verificación sociológica, hablar de ‘memoria colectiva’?”<sup>16</sup>. Según la autora, la dificultad mayor residiría en pensar, bajo el término general de memoria colectiva, realidades diversas, pero que, necesariamente, deben girar en torno a la relación del individuo con lo colectivo.

Lavabre reclama una reflexión acerca de las premisas sociológicas básicas involucradas en la noción de memoria colectiva. Así, antes de avanzar sobre una definición perentoria, es necesario, según la autora, preguntarse qué es lo colectivo. Según Lavabre, “sin la identidad presente de una comunidad viva para dar un sentido y un rostro al pasado, la memoria no puede llamarse colectiva más que por facilidad o metafóricamente, y sólo se define en su oposición a la historia científica, a pesar de los juramentos que reniegan del positivismo en historia”<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> Ver Huyssen, *En busca del futuro perdido... op.cit.*, p. 15 y ss.

<sup>14</sup> Lavabre, “Maurice Halbwachs...”, *op.cit.* Pierre Nora y Jacques Le Goff son los fundadores de la llamada “Nueva Historia Francesa”. Sus preocupaciones son fundamentalmente historiográficas y giraron especialmente, como lo demuestra la importante obra de Nora *Lieux de mémoire*, en torno a la necesidad de redefinir los límites y supuestos de la disciplina histórica y distinguirla de la memoria. Para Nora, mientras que la memoria es la vida, siempre encarnada en grupos vivientes, en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a utilidades y manipulaciones, un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en el presente, la historia es una representación del pasado, producto de una operación intelectual y laicizante, que requiere análisis y discurso crítico. La historia deja el recuerdo al descubierto, y pertenece a todos y a nadie, lo que le da vocación universal. Debido a que el interés de Nora está puesto en la constitución del nuevo campo de estudios de la historia, no polemizaré en este trabajo con su conceptualización de la memoria y la historia. Para la distinción noraiana entre memoria e historia ver “General Introduction: Between Memory and History” en *Realms of Memory. Rethinking the French Past*, Columbia University Press, New York, 1996, p. 1-20.

<sup>15</sup> Lavabre, Marie-Claire, “Du poids et du choix du passé. Lecture critique du ‘Syndrome de Vichy’”, en Peschansky, Pollak y Rousso (Eds.), *Historie politique et sciences sociales*, Complexe, París, 1991 (mimeo en español, p.15-16).

<sup>16</sup> Lavabre, ídem, p. 21.

<sup>17</sup> Ídem, p. 23. Lavabre está discutiendo sobre todo con la corriente historiográfica fundada por Nora. Parece reclamar una distinción entre la historia de la memoria y la sociología de la memoria, distinción sobre la que no es posible reflexionar aquí.

Los límites de la noción de memoria colectiva son planteados en igual sentido por José Rilla, quien sostiene que, a pesar de que Halbwachs ha vuelto a ser leído “su noción de ‘memoria colectiva’ ha sido bastante envilecida por el sobreabuso y (...) opera finalmente como una metáfora perezosa”. Y recuerda que en su tiempo “había merecido la crítica de Marc Bloch (1925) cuando el historiador impugnaba al sociólogo la mecánica traslación de lo que sabemos de la memoria individual, a lo que no sabemos de la memoria colectiva”<sup>18</sup>.

En la misma senda, Josef Yerushalmi también señala la dimensión metafórica de la noción de memoria colectiva, y sostiene que “así como ‘la vida de un pueblo’ es una metáfora biológica, del mismo modo ‘la memoria de un pueblo’ es una metáfora psicológica”<sup>19</sup>.

En consecuencia, para poder avanzar sobre una sistematización de la noción de memoria colectiva que supere su mero uso metafórico, designe mecanismos sociológicos específicos involucrados en la representación del pasado, aporte a la comprensión de su función social o, simplemente, proporcione indicadores que faciliten la observación de un fenómeno histórico concreto, recorreré las reflexiones de algunos autores en torno a la relación dinámica entre la memoria y la identidad social, con el fin de trazar un estado de la cuestión acerca de la vinculación específica entre estas dos dimensiones. Henry Rousso sostuvo que la memoria colectiva no es sólo un conjunto de manifestaciones que revelan la presencia del pasado sino que también tiene la función de “estructurar la identidad del grupo o de la nación, y por ende, de definirlos en tanto tales y distinguirlos de otras entidades equiparables”. También señaló que puede manifestarse de manera explícita o implícita, y que, más allá de las limitaciones teóricas, es necesario partir de la idea de que la memoria es una realidad empírica<sup>20</sup>. Debido a la dificultad de captar la representatividad del pasado y su jerarquización, Rousso hizo hincapié en las modalidades y contenidos de lo que denominó como ‘vectores de memoria’.

A los efectos de mis propósitos teóricos, y como punto de partida de la indagación, resultan interesantes las implicancias teóricas de la noción de vector de memoria, por referirse a “indicadores que ofrec[e]n todos de manera explícita o implícita representaciones singulares, claramente fechadas en el tiempo y bien ubicadas en el espacio”<sup>21</sup>. Es decir, que sin pretender indagar en las determinaciones sociológicas fundamentales, en Rousso hay un intento de responder a la necesidad de encontrar indicadores para el estudio de la memoria en tanto que realidad empírica. Al encarar el análisis de un fenómeno histórico desde el punto de vista de la memoria colectiva, se vuelve necesario aspirar a la superación del uso meramente metafórico del término y buscar indicadores de dicho fenómeno, para estudiarla en tanto que realidad empírica.

## Memoria e identidad

*Había que buscarle un nombre. Y lo hicieron como siempre, discutiendo entre todos, pero tratando de hacer las cosas simples, directas, peronistas. Había algunos criterios, que no fuera una sigla, sino un nombre, que tuviera que ver con la historia argentina, no sólo en lo político, sino también en lo folklórico,*

<sup>18</sup> Rilla, José, “Historias en segundo grado. Pierre Nora y los lugares de memoria” en *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, Trilce, Montevideo, 2008, p. 15.

<sup>19</sup> Yerushalmi, Josef, “Reflexiones sobre el olvido”, AA.VV, *Usos del olvido*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 18.

<sup>20</sup> Rousso, Henry, “Pour une histoire de la mémoire collective: l’après Vichy”, en Peschansky, Pollak y Rousso (Eds.), *Historie politique...op.cit.*, (mimeo en español p. 7-8).

<sup>21</sup> Rousso, ídem, p. 9.

pero en ese folklore que se escuche en serio, en silencio y tomando mate, recuperando gestas y luchas, que fuera claramente peronista. Se barajaron 15 nombres. Lo dijo Fernando y gustó: Montoneros<sup>22</sup>.

## I

La idea de comprender a la memoria colectiva a partir de su funcionalidad social, en tanto que aspecto que estructura la identidad de los individuos en razón de su existencia colectiva, había encontrado asidero ya con Halbwachs en los prolegómenos del campo de estudios. Para éste autor, nuestros recuerdos son siempre colectivos, aún cuando se trate de acontecimientos en los que el individuo se ha involucrado en soledad. “Nunca estamos solos”, postuló Halbwachs, pues estamos insoslayablemente determinados por la vida en sociedad. Para reconstruir acontecimientos del pasado, es necesario según Halbwachs contar con una existencia común con otros. El pasado se reconstruye “a partir de datos o nociones que se encuentran en nuestro espíritu común así como en el de otros, puesto que pasan sin cesar de éstos a aquél y a la inversa, lo que sólo es posible si formaron y siguen formando parte de una misma sociedad”<sup>23</sup>. Para Halbwachs, cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva y la existencia de ésta es un índice de la vitalidad de la vida común. En este sentido, Lavabre afirma que en Halbwachs la memoria “es la condición de posibilidad de los recuerdos atesorados por los individuos. Y, como tal, cumple una función social de integración”<sup>24</sup>.

También lo ve de este modo Ramón Ramos, quien sostiene que ya desde Halbwachs se entiende que existe una relación dinámica entre la memoria colectiva y la vida social, de modo tal que se determinan mutuamente. Así como el grupo es presupuesto o condición de la rememoración colectiva, al propio tiempo, la memoria es presupuesto o condición del grupo: “de ahí que la argumentación completa se cierre en un círculo fructífero: no hay recuerdo sin vida social, pero tampoco hay vida social sin recuerdo”<sup>25</sup>.

En efecto, el modo en que los grupos sociales se encuentran integrados está fuertemente determinado por la institución de un relato común sobre el pasado. Relato que se experimenta como compartido con otros, que expresa distintos niveles de intensidad del lazo social y que se encuentra atravesado por luchas por instaurar distintos sentidos del pasado. De allí que el terreno de la memoria sea un campo en el que toman forma diversas disputas simbólicas, determinantes en el presente de las sociedades. Incluso en las sociedades contemporáneas, en las que vivir en sociedad puede ya no ser sinónimo de recordar juntos<sup>26</sup>.

La identidad está fuertemente determinada por la vida en sociedad y, al proporcionar un pasado compartido, la sociedad posibilita la conciencia entre los partícipes de ser parte de una existencia común. Los individuos saben que

---

<sup>22</sup> En “7 de septiembre -Día Montonero- Dos peronistas, dos Montoneros, para eso vivieron, para eso murieron” en *El Descamisado*, Año I, n° 17, septiembre de 1973.

<sup>23</sup> Halbwachs, Maurice, “Memoria individual y memoria colectiva”, en *Estudios*, n° 16, otoño de 2005, p. 171.

<sup>24</sup> Lavabre, “Maurice Halbwachs y...”, *op.cit.*, p. 9.

<sup>25</sup> Ramos, “Maurice Halbwachs y...”, *op.cit.*, p. 76.

<sup>26</sup> Ramón Ramos, en su análisis de la obra de Halbwachs, señaló que, aun cuando vivimos en un mundo que tiende de manera incontenible a la historización del pasado, esto supone un pasado muerto y olvidado y de allí que pueda entenderse objetivamente desde la disciplina histórica. Para el autor, en las sociedades contemporáneas los marcos de la memoria son muy endeble y la rememoración colectiva no sería, por ello, la dimensión más determinante de la vida en sociedad. Ver Ramos, *op.cit.*, p. 80.

lo que les ha ocurrido les ha sucedido con otros y su historia del mundo se puede contar a partir de un “nosotros”. Además, en ese pasado compartido, se manifiesta algo ya constituido y persistente: “El grupo accede así a una identidad que supera los estrechos márgenes del presente y vence la entropía del tiempo. (...) esos sucesivos acontecimientos muestran lo que el grupo es, es decir, lo definen y tipifican tanto a él como a los miembros que lo forman; en esos acontecimientos se contienen las claves por las que se auto-comprende y es comprendido por los demás; su ‘historia’ muestra su identidad y es, a la vez, su identidad”<sup>27</sup>.

Yosef Yerushalmi también reflexionó sobre el modo en que la memoria sostiene a la identidad y sostuvo que la fenomenología de la memoria es esencialmente la misma -salvo los detalles- en todos los grupos sociales. “No hay pueblo para el que ciertos elementos del pasado –sean históricos o míticos, y a menudo una mezcla de los dos- no pasen a ser una ‘Tora’, oral o escrita, una enseñanza canónica, compartida, necesitada de consenso. (...) Ese conjunto de ritos y creencias que da a un pueblo el sentido de su identidad y de su destino. Del pasado sólo se transmiten los episodios que se juzgan ejemplares o edificantes para la *halakhah* [ley] de un pueblo tal como se la vive en el presente. El resto de la ‘historia’ –arriesguemos la imagen- va a dar a la zanja”<sup>28</sup>.

## II

El análisis de las relaciones entre identidad y rememoración colectiva ha girado de manera especial en algunos países en torno a la constitución de una memoria oficial, y, en ciertos casos, a un sentido de lo nacional, como si la memoria oficial pudiera ser considerada como sinónimo de lo colectivo o su expresión fundamental. Podría llamarse la atención, con Lavabre, acerca del peligro de creer que la memoria oficial de un grupo equivale a su memoria colectiva, pues significaría soslayar la existencia de memorias no oficiales. Lavabre advierte que la memoria es un terreno de confrontación en el que “se expresan memorias colectivas, a menudo radicalmente heterogéneas y donde ninguna memoria, aunque dominante o con pretensión hegemónica, es ‘nacional’ o ‘colectiva’ por ser nacional, salvo que se admita, una vez más, que la Nación, una y no múltiple, que piensa y recuerda, sea portadora de la huella necesaria del pasado”<sup>29</sup>.

Según la autora, por ejemplo, la obra de Pierre Nora ha puesto el acento en ciertas invariantes –como la nación, la república o el estado- lo que supondría creer que existe una memoria colectiva nacional englobante en ciertos aspectos. No obstante, la mirada propuesta por Nora no necesariamente obtura la posibilidad de admitir que existen memorias no oficiales y, en cambio, ha fundamentado de manera consistente las razones por las que la memoria

---

<sup>27</sup> Ramos, *op.cit.*, p. 77.

<sup>28</sup> Yerushalmi, “Reflexiones sobre...”, *op.cit.*, p. 22. En Yerushalmi parece existir la premisa de que la sociedad es homogénea. De allí que aquella historia que no puede ser recuperada como común vaya a dar a la “zanja”, es decir, sea olvidada. Probablemente esto sea un límite posible de imputar a la mirada de Yerushalmi, puesto que no contempla las tensiones que se involucran en la elección del pasado significativo, así como la pervivencia de memorias no hegemónicas. No obstante, las afirmaciones de Yerushalmi tienen valor, a los efectos del trabajo presente, en su esfuerzo por vincular memoria e identidad.

<sup>29</sup> Lavabre, “Du poids ...”, *op.cit.*, p. 22.

nacional francesa tiende a ser la memoria más englobante y determinante de la realidad francesa.

El propósito de Nora, dicho sintéticamente, es el de historizar los modos en que Francia se ha pensado a sí misma, para analizar la permanencia de una identidad. Nora, junto con Le Goff, es uno de los principales exponentes de la corriente historiográfica francesa fundada a fines de los años setenta, que cree posible describir una historia de la memoria colectiva. Para ello, privilegia la dimensión simbólica de la realidad francesa, a través del estudio del modo en que Francia administró y administra el pasado en el presente, haciendo una "historia en segundo grado". El análisis de Nora, tal como señala Lavabre, está ceñido a lo nacional. Sin embargo, Nora advirtió: "Que nación y Francia hayan podido parecer sinónimos y provenir de un mismo enfoque unitario es una de las particularidades de Francia, encarnación del modelo nacional"<sup>30</sup>. Al enfocar su análisis en lo nacional, Nora no niega la heterogeneidad de la sociedad francesa y lejos está de afirmar que exista una única memoria colectiva. El peso de lo nacional en el imaginario colectivo francés ha de ser explicado por otras razones: "las incesantes invocaciones de unidad reflejaron una imperiosa necesidad, más insistentemente encontrada en Francia que en muchos otros países, por vencer la poderosa heterogeneidad y las fuerzas contradictorias a través de un amplio esfuerzo de organización central. La Francia republicana, una e indivisible (...) tiene su propia 'historia-memoria', llena de ruido e ira, una historia colorida, en la que una diversidad infinita de escenarios, personas y lenguajes fueron simplemente lo manifiesto, cara perceptible de un firme esfuerzo por hacer posible la unidad a través de la construcción temporal de las políticas y la historia"<sup>31</sup>.

Nora advirtió que la determinación estatal ha sido en Francia la más constante, precoz y constitutiva, de modo que favoreció la construcción autoritaria de una memoria nacional. Y, al reflexionar sobre la exportabilidad de la noción de *lieu de mémoire* (concepto en torno al cual gira su análisis de la realidad simbólica de Francia) llamó la atención sobre una serie de especificidades de la nación francesa que han contribuido a sobredeterminar la noción de *lieu de mémoire* para localizarla en territorio francés, en el que cobra sentido inmediatamente. Y advierte que la "focalización monográfica sólo tiene interés si permite tipificar un estilo de relación con el pasado, si pone en evidencia una organización inconciente de la memoria colectiva, si articula una red hasta entonces invisible mediante la iluminación repetida de identidades diferentes"<sup>32</sup>.

Al igual que en Nora, en Rousso está presente la pregunta por lo francés y el acento está puesto en las memorias oficiales. El estudio de Rousso analiza la evolución de las prácticas de representación del pasado, abocado específicamente al estudio de las diversas etapas de representación del período de ocupación nazi en Francia. En palabras de Rousso: "basado en un análisis de las representaciones de la última guerra en la vida política y cultural, así como en el de los usos y formas de instrumentalización del pasado, intenta trazar la evolución del recuerdo del gobierno de Vichy en la sociedad francesa desde 1944 hasta nuestros días"<sup>33</sup>. La pregunta de Rousso pretendió ser un esfuerzo por entender la razón por la que un período tan

---

<sup>30</sup> "¿Cómo escribir la historia de Francia?", en *Pierre Nora en Les lieux...*, *op.cit.*, p. 112.

<sup>31</sup> "Conflicts and divisions", en *Realms of Memory...op.cit.*, p. 21.

<sup>32</sup> Nora, Pierre, "La aventura de *Lieux de mémoire*", en *Ayer*, n° 32, 1998, p. 33.

<sup>33</sup> Rousso, "Pour une histoire...", *op.cit.*, p. 1.

breve y trágico como el de Vichy conservaba actualidad, cincuenta años después.

A diferencia de Nora, que se enfoca en lo que permanece, Rousso analiza un pasado singular y conflictivo, la Francia de Vichy, con el propósito de comprender no sólo los hechos en sí mismos, sino las razones de su persistencia en el imaginario colectivo a la vez que sus cambios.

Al igual que Nora, Rousso no niega la existencia de las heterogeneidades que atraviesan la realidad simbólica de Francia. Más aún, es en razón de ello que ha elegido el “síndrome de Vichy” como objeto de estudio: “La historia de la revolución, Vichy, o la guerra de Argelia realmente no pueden ser consideradas como universales. Ahora que la historia ya no tiene el propósito de forjar una identidad nacional, no tiene valor terapéutico, y, al menos en el corto plazo, a menudo tiene el efecto de perpetuar antiguas divisiones, tal como lo mostraremos con una mirada a la naturaleza controversial de la así llamada *guerra franco-francesa*, o guerra interna franco-francesa. Y de todas esas guerras, ninguna ha sido más divisiva que la guerra en torno a Vichy”<sup>34</sup>.

No es el objeto de este trabajo distinguir lo expresamente diferente entre la memoria colectiva y la memoria nacional. No obstante, muchos trabajos ceñidos al estudio de la constitución de una memoria nacional pueden ser de utilidad a la hora de establecer una vinculación entre la representación del pasado y la identidad; en especial, aquellos que, aun cuando le otorgan un peso fundamental a lo nacional y enfocan su análisis en dicha dimensión, parten de la consideración de la multiplicidad de miradas sobre el pasado que conviven en toda sociedad.

En efecto, también haciendo foco en la dimensión nacional de la sociedad, en su trabajo sobre la recordación de la masacre de las fosas Ardeatinas, Alessandro Portelli analizó las relaciones conflictivas entre memorias, olvidos y silencios y las ideologías involucradas en dichas disputas con el fin de mostrar la constitución de una identidad nacional en Italia. Aquí aparece el peso de las identidades políticas en la construcción de la identidad colectiva y, específicamente, el modo en que la identidad y el sentido de la Italia moderna están necesariamente ligados a la segunda guerra mundial y a su rememoración, de la cual son un resultado. Para el autor, coexistieron diversas memorias y desmemorias, que fueron cambiando en las diferentes fases de la historia de la posguerra italiana de acuerdo a las necesidades simbólicas de los diversos grupos sociales. El estudio de la memoria de la masacre de las fosas Ardeatinas es según el autor, parte de “una discusión sobre un caso específico de luchas por la memoria que confiere sentido a la Resistencia y, de manera indirecta, a la cuestión de la identidad y los orígenes nacionales”<sup>35</sup>.

En igual sentido, Lúcrete Valensi, en su estudio sobre la constitución de memorias sobre la batalla de 1578 entre Portugal y Marruecos, dio cuenta de la existencia de una multiplicidad de narraciones que, a la vez, surgieron en momentos históricos distintos, impulsadas por las necesidades simbólicas del presente. Mientras que para los portugueses se trató de dar cuenta de su desgracia (habían sido derrotados), para los marroquíes musulmanes se trató

---

<sup>34</sup> Rousso, Henry, *The Vichy Syndrome. History and Memory in France since 1944*, Harvard University Press, United States of America, 1991, p. 4.

<sup>35</sup> Portelli, Alessandro, “Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia posfascista”, en E. Jelin y V. Langland (Comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Siglo XXI Editores, Madrid/Buenos Aires, 2003, p. 176.

de elaborar un relato sobre el pasado que diera cuenta de su fulminante victoria. A la vez, para los judíos, la recordación de la batalla daba cuenta del milagro de un peligro disipado. Para Valensi, cada grupo había de reelaborar el mismo acontecimiento en función de su identidad y de su continuidad. También, resulta sugerente el análisis de la aparición en Marruecos de un relato unificado sobre la Batalla, pues hace foco en el peso y la instrumentalidad de la historia nacional sobre la identidad colectiva. Según la autora, para el conjunto de los marroquíes el resurgir de la batalla en la memoria viva debió esperar al siglo XX, en el contexto de las luchas contra el colonialismo francés y el español y el de la conquista de la independencia. La constitución de un estado moderno y una nación unificada en Marruecos, exigió la construcción de símbolos comunes. Esto incluyó “la invención de símbolos nacionales, la inscripción en el calendario de celebraciones públicas, comunes al conjunto de los marroquíes (...) resucitada por los jóvenes nacionalistas de los años 1930, la batalla ha sido inscrita en la memoria colectiva como parte activa de un proyecto político (...) La batalla, enseñada en escuelas, narrada en novelas, ilustrada en los tebeos, cantada en los poemas, puesta en escena en el teatro o en el cine, ocupa un lugar importante en la memoria nacional”<sup>36</sup>.

### III

El sociólogo austríaco Michael Pollak (1948-1992) ha investigado diversas experiencias humanas frente a situaciones límite, como el pasaje por los campos de concentración durante el Holocausto o las vivencias de los homosexuales frente a la epidemia de HIV. Esto, con el propósito de indagar sobre el modo en que dichas experiencias traumáticas conducen a los distintos grupos a redefinir sus identidades y relaciones, y, en muchos casos, a producir identidades fragmentadas.

En la tradición *halbwachsiana*, Pollak entiende a la memoria como un fenómeno social y colectivo, constituido por aspectos mutables y fluctuantes, a la vez que por aspectos irreductibles. La memoria es un fenómeno construido que realiza un constante trabajo de mantenimiento de la coherencia, la unidad y la continuidad de su organización y, en muchos casos, de reconfiguración. Pollak considera que existe una relación estrecha entre los modos en que cambian y se reconfiguran las memorias y la sociología de las identidades colectivas. Para avanzar en la vinculación entre la memoria colectiva y la identidad, hay que analizar, según el autor, las inversiones que a lo largo del tiempo debe hacer un grupo para dar a cada miembro el sentimiento de unidad, continuidad y coherencia.

Según Pollak, *Halbwachs*, a pesar de haber puesto el énfasis en la función positiva de la memoria en tanto que generadora de cohesión social, ya había reconocido su carácter potencialmente problemático<sup>37</sup>. Pollak se interesará no en los hechos sociales en tanto cosas, sino en cómo se vuelven cosas y en los procesos y actores que intervienen en el trabajo de constitución y formalización de las memorias. Los avances en historia oral han permitido, según el autor,

---

<sup>36</sup> Valensi, Lúcece, “Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. Cómo perdura el recuerdo de los grandes acontecimientos”, en *Ayer*, n° 32, 1998, p. 63.

<sup>37</sup> Según Pollak, los investigadores contemporáneos a él suelen preferir como objeto de estudio los conflictos y disputas por sobre los elementos de continuidad y estabilidad. Tanto la estabilidad como el conflicto son constituyentes de la sociedad y ángulos de análisis válidos a la hora de abordar la memoria colectiva.

privilegiar la importancia de lo que llamó las ‘memorias subterráneas’, que “como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la ‘memoria oficial’, en este caso a la memoria nacional (...) esas memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados. La memoria entra en disputa”<sup>38</sup>.

El acento en Pollak está puesto en la función social de la memoria colectiva: la de hacer posible la configuración de una identidad. Esto significa, si seguimos a este autor, tener en cuenta tanto el carácter heterogéneo y conflictivo de dichas construcciones, como su aspecto estable y la existencia de memorias de distinto signo, dominantes y dominadas. La memoria, según el autor, es una operación colectiva que intenta salvaguardar interpretaciones sobre el pasado y que se encuentra integrada en tentativas más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre colectividades de distintos tamaños: partidos, sindicatos, iglesias, aldeas, regiones, clanes, familias, naciones, etc. Así, la presencia del pasado en el imaginario social cumple la doble función, según Pollak, de mantener la cohesión al interior de los grupos y de delimitar una frontera de pertenencia con respecto a otros grupos que componen la sociedad.

La memoria así entendida proporciona un marco imaginario de referencia a los actores sociales. Por ello es que Pollak prefiere la noción de ‘memoria encuadrada’ antes que la de memoria colectiva, en tanto la primera supone la existencia de un trabajo de encuadramiento: “mantener la cohesión interna y defender las fronteras de aquello que un grupo tiene en común (...) he aquí las dos funciones esenciales de la memoria común. Eso significa proporcionar un marco de referencia y de puntos de referencia. Es, por lo tanto, absolutamente adecuado hablar (...) de memoria encuadrada”<sup>39</sup>.

El trabajo de encuadramiento<sup>40</sup> se realiza según Pollak a partir de los elementos aportados por la historia, y el pasado -la materia de la historia- es susceptible de ser interpretado de diversas maneras y en diversas combinaciones de sentido, estando necesariamente atravesado por combates en torno al establecimiento de dichos sentidos. Estos combates están dados por las necesidades del presente y configurados en función de proyecciones sobre el futuro: “Ese material puede sin duda ser interpretado y combinado con un sinnúmero de referencias asociadas; guiado no solamente por la preocupación de mantener las fronteras sociales, sino también de modificarlas, ese trabajo reinterpreta incesantemente el pasado en función de los combates del presente y del futuro. Pero, así como la exigencia de justificación (...) limita la falsificación pura y simple del pasado en su reconstrucción política, el trabajo permanente de reinterpretación del pasado es contenido por una exigencia de credibilidad que depende de la coherencia de los discursos sucesivos. Toda organización política (...) vehiculiza su propio pasado y la imagen que forjó para sí misma”<sup>41</sup>.

Pollak también señala en su definición lo que considera los elementos constitutivos de la memoria. Se trata de acontecimientos, personajes y lugares,

---

<sup>38</sup> Pollak, Michael, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*, Ediciones Al Margen, La Plata, 2006, p. 18.

<sup>39</sup> Pollak, ídem, p. 25.

<sup>40</sup> Pollak señala que el trabajo de encuadramiento tiene actores profesionalizados: son emprendedores de la memoria (entrepreneurs de mémoire).

<sup>41</sup> Pollak, *Memoria, olvido, silencio...*, op.cit., p. 25-26.

que pueden haber sido conocidos directa o indirectamente, así como también pueden estar fundados empíricamente o, por el contrario, ser proyección de otros eventos. Brindar ciertos elementos constitutivos de la memoria, aporta a la labor de estudiar a la memoria colectiva como una realidad empírica.

En la construcción de la identidad, según Pollak, se involucran tres elementos esenciales: la unidad física, esto es, el sentimiento de tener fronteras de pertenencia al grupo; la continuidad en el tiempo, en el sentido físico, moral y psicológico; y, finalmente, el sentimiento de coherencia. Para Pollak, estos elementos son tan importantes, que una ruptura de ese sentimiento podría significar la aparición de patologías. En razón de ello, para Pollak *“la memoria es un elemento constituyente del sentimiento de identidad, tanto individual como colectiva, en la medida en que es también un componente muy importante del sentimiento de continuidad y de coherencia de una persona o de un grupo en su reconstrucción de sí”*<sup>42</sup>. Así, para Pollak la identidad social es la imagen de sí, para sí y para los otros, y, en razón de ello, *“nadie puede construir una auto imagen exenta de cambios, de negociación, de transformación en función de los otros”*<sup>43</sup>.

Para Pollak, la memoria parece ser una memoria de grupo, y junto con la identidad son valores que se disputan en conflictos sociales y entre diversos grupos. Y la memoria nacional es una de las memorias más organizadas, que acarrea las disputas más encarnizadas entre los diversos grupos políticos.

Pollak resalta el peso de las preocupaciones políticas del presente en la estructuración de la memoria, por ser fundamental a la hora de comprender la constitución de una identidad: cuando, por ejemplo, se pretende encuadrar *“la memoria nacional por medio de fechas elegidas para las fiestas nacionales hay, muchas veces, problemas de lucha política. Una memoria tan organizada como la memoria nacional constituye un objeto de disputa importante, y son habituales los conflictos para determinar qué fechas y qué acontecimientos van a ser recordados en la memoria de un pueblo”*<sup>44</sup>.

Finalmente, resulta interesante señalar que para este autor, a pesar de que ningún grupo social, por más sólido y estable que parezca, tiene su perennidad asegurada, su memoria puede sobrevivirlo. En ese caso, asume en general la forma de un mito que, según el autor, *“por no poder anclarse en la realidad política del momento, se alimenta de referencias culturales, literarias o religiosas. El pasado lejano puede entonces volverse promesa de futuro y, a veces, desafío lanzado al orden establecido”*<sup>45</sup>.

## Conclusión

*...la recuperación de la historia irá mucho más lejos que los '18 años de lucha': se extiende más allá del siglo XX, más allá del siglo XIX, hasta articularse a la resistencia de los indios contra la conquista española. (...) No cabe duda de que todo discurso político contiene, como una de sus dimensiones fundamentales, la recuperación de la historia, y que esta recuperación está siempre asociada, de una u otra manera, a la legitimación del enunciador. Cada posición política reconstruye la historia a su manera, con el fin de enraizar el movimiento social o partido en la lógica de un desarrollo y mostrar su 'necesidad'.<sup>46</sup>*

---

<sup>42</sup> Ídem, p. 38. Bastardillas en el original.

<sup>43</sup> Ídem, p. 38.

<sup>44</sup> Ídem, p. 37.

<sup>45</sup> Ídem, p. 28.

<sup>46</sup> Sigal, Silvia y Verón, Eliseo, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, EUDEBA, Buenos Aires, 2008, p. 196.

Este trabajo es un intento de trazar un estado de la cuestión sobre la noción de memoria colectiva, específicamente en su relación con la constitución de la identidad, con el propósito de avanzar en la hipótesis de mi investigación doctoral.

Tal como he intentado sostener, a partir de la lectura y sistematización de las reflexiones de distintos estudiosos del tema, antes de iniciar el análisis de un fenómeno histórico concreto desde el punto de vista de la memoria colectiva, se hace necesario superar su uso meramente metafórico. Esto es, se vuelve imprescindible avanzar en la búsqueda de indicadores que permitan visualizar la memoria en tanto que realidad empírica. De allí el valor de trabajos como el de Rousso –y su noción de vector de memoria- o Pollak –que invita a buscar indicadores de la memoria en acontecimientos, personajes y lugares-, que proponen distintos modos de volver visible una realidad que no siempre se presenta a la inmediatez de la observación. En un sentido, en la vaguedad de la noción de memoria colectiva, puede radicar su potencialidad, por la posibilidad del concepto de abarcar diversas realidades históricas, según en dónde se ponga el acento.

Antes de avanzar en cualquier conceptualización de la memoria, resulta necesario partir de una consideración acerca de su función en la sociedad. Son varios los autores que sostienen que su función es la de permitir la estructuración de una identidad, al vincular las trayectorias de vida individuales en una vida común. Compartir un pasado, sentirse parte de una tradición y una historia, son elementos vitales en la integración de los diversos grupos que conforman la sociedad y de su sentido de pertenencia.

También, la sistematización de diferentes estudios sobre la temática permite mostrar que no se trata de una memoria única y englobante, sino que hay múltiples memorias que, a la vez, entablan entre sí relaciones muchas veces conflictivas. De allí el valor de pensar, con Pollak, en la existencia de memorias subterráneas en relación con las memorias dominantes, pero siempre capaces de salir de esa condición e imponerse como mirada hegemónica del pasado.

El estudio de las memorias oficiales, como la memoria nacional, no debe significar negar la existencia de otras memorias que no tienen un carácter dominante. En todo caso, es en el terreno de la elección del objeto de estudio, y, por lo tanto, allí en donde la ciencia no puede establecer verdades, en donde se juega la elección del fenómeno a estudiar y las dimensiones en las que se pondrá el énfasis del análisis. Dicho de otro modo: el estudio de la memoria nacional, como en el caso de Nora, se explica no por negar la existencia de memorias no oficiales, tal como señalara Lavabre, sino, en todo caso, por la elección de un objeto de estudio entre otros posibles. Eventualmente, es en las conclusiones teóricas de la investigación en donde deberá llamarse la atención sobre esto. Mas no es el caso de Nora, pues, como se mostró, su énfasis puesto en la memoria nacional no lleva como corolario la negación de memorias de otro signo.

En este sentido, también cabe señalar que lo nacional tiene pesos distintos sobre la vida colectiva según la coyuntura histórica, y no debe descartarse la posibilidad de que en determinados momentos histórico-políticos, y en algunas realidades nacionales, el modo en que es representado lo nacional sea la mayor expresión simbólica de la vida en sociedad y de la identidad colectiva.

Finalmente, el análisis de la propuesta teórica de Pollak permite, no solamente destacar el carácter parcial y potencialmente conflictivo de toda memoria, y la existencia de tantas memorias como grupos sociales. También, pensar a la luz de su definición de la vinculación entre memoria e identidad, la relación específica de Montoneros con el pasado nacional, en tanto que un grupo político en un amplio abanico de experiencias políticas, peronistas y no peronistas, que configuraron la nueva izquierda en los años sesenta. Grupos que pusieron en juego diversas y muchas veces contradictorias elaboraciones simbólicas sobre el pasado.

Beatriz Sarlo ha señalado, al analizar el aramburazo –acto con el que en 1970 Montoneros se dio a conocer públicamente- que la consigna montonera que mencionaba el fusilamiento de Aramburu fue una autodefinición que Montoneros no compartió con otros grupos guerrilleros. Y que fue un grito de guerra que “no estaba referido al futuro, como lo está cualquier amenaza, sino al pasado donde se funda la identidad”<sup>47</sup>.

Y afirmó que en el aramburazo “los Montoneros sabían que jugaban su futuro en esa intervención excepcional. No sólo en los términos de ‘jugarse la vida’, sino en los de sentar las bases de un nuevo ordenamiento, tanto de las ideas como de los mitos y la leyenda peronista y, a partir de eso, de repartir poder en el movimiento y fuera de él. (...) Montoneros remitió el asesinato de Aramburu a la historia y al futuro. Las dos temporalidades se cruzan en la argumentación sobre la necesidad del hecho. Del lado de la historia, está la Nación irredenta, el pueblo despojado de su soberanía, la proscripción del líder, los fusilamientos de 1956 y el robo del cadáver de Eva Perón”<sup>48</sup>.

Indudablemente, Montoneros puso en juego una representación del pasado nacional, cuyo propósito fue sentar las bases de una identidad política. El desafío teórico radica en hacer visible esa construcción. El paso siguiente, entonces, será analizar el modo en que en sus diversos documentos y discursos, se apropiaron de lugares, acontecimientos y personajes, (la Plaza de Mayo, el 17 de octubre o la figura de Evita), elaboraciones todas en las que se condensaron luchas por instaurar sentidos del pasado que hicieran legítima su mirada, no solo del pasado, sino fundamentalmente, del presente y el futuro.

---

<sup>47</sup> Sarlo, *La pasión...*, *op.cit.*, p. 135-036.

<sup>48</sup> Sarlo, *ídem*, p. 194.